

Estimado doctor Mario Vargas Llosa:

Durante años, el verano fue sinónimo de lectura, de libertad absoluta para lanzarse sin horarios ni obligaciones externas a la búsqueda de mundos de fantasía no explorados. A partir de cierta edad, el verano fue también sinónimo de literatura hispanoamericana y, por ello, del descubrimiento de Mario Vargas Llosa.

Permítame decirle que es usted la Atenea de los escritores: como la diosa griega, nació al mundo adulto y maduro, armado de la égida de genialidad que le confería la potencia de una prosa arrolladora bajo la que latían con insuperable vida unos personajes memorables.

Pocos novelistas –prácticamente ninguno– atesora tal cantidad de obras maestras publicadas consecutivamente desde los comienzos mismos de su carrera literaria. Me imagino el estupor de los privilegiados primeros lectores de aquella novela aún titulada *La morada del héroe*, quienes le otorgaron el premio Biblioteca Breve (bajo el título *Los impostores*, ahora) y posibilitarían su publicación en 1963 ya como *La ciudad y los perros*. Yo la leí muchos años después, pero la frescura que emana de ella la colocan junto a su autor en el Olimpo de la República de las Letras. De alguna manera, esta novela marca el pistoletazo de salida del “boom” hispanoamericano un lustro antes de *Cien años de soledad*, que, además, en España no se publica hasta 1969.

Pero todos estos datos de historia literaria ya los conoce usted. Al lector, sin embargo, no deja de asombrarle que su segunda novela, *La casa verde*, sea su obra más compleja, incluso para un lector de novelas experimentales que tenga a sus espaldas, por ejemplo, el *Ulises* de Joyce, las novelas de Virginia Woolf, *Tres tristes tigres* de Cabrera Infante, *El otoño del patriarca* de García Márquez, *Rayuela* de Cortázar, *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *Pedro Páramo* de Rulfo, *Oficio de tinieblas* 5 de Cela o alguna de sus propias novelas, como *Conversación en La Catedral*, que leí antes que aquélla. De hecho, debo confesarle que hasta el cuarto intento no fui capaz de continuar más allá de las primeras cuarenta o cincuenta páginas. Por ello, puedo decir que *La casa verde* es una novela que tardé casi un lustro en leer, pues verano tras verano intenté, con una mezcla de osadía y temor al fracaso, adentrarme en las aventuras de la Madre Patrocinio, el Sargento, Fushía, Lituma y todo el reguero de personajes que se presenta en los primeros dos capítulos. Pero las idas y venidas en el tiempo narrativo sin previo aviso, los parlamentos de los personajes insertados en la propia voz del narrador y el

abigarramiento de unos sucesos que parecían transcurrir en épocas lejanas unas de otras –y, de hecho, así era–, me desconcertaban hasta el punto de comprender que de nuevo sería incapaz de acabar esa novela que ya se me hacía maldita. Sin saber cómo, en uno de los intentos, todos aquellos obstáculos fatales se evaporaron, todo se me aparecía fluido y diáfano y pude disfrutar como pocas veces del placer de leer una novela.

Un impacto similar al que me produjo la complejidad formal de *La casa verde* lo recibí con *Pantaleón y las visitadoras*, aunque en este caso se debía a un detalle que, precisamente, vertebra la novela entera: la ausencia de narrador. Años después, me sorprendería también el hecho de que fuera ésta una novela humorística, giro tal vez inesperado que tomaba su narrativa. En su momento, en esa ocasión gloriosa del lector novel que se sumerge por primera vez en un texto desconocido, el goce fue mayúsculo y primigenio, acaso superado únicamente por el que me deparó *Conversación en La Catedral*. Aquí, la novela experimental se hace eco de la novela social, logrando uno de los monumentos literarios más contundentes de la novelística del siglo XX. Desde las primeras líneas, el lector se siente cautivado por una prosa que parece estar en marcha desde mucho antes, como si uno hubiera abierto un libro perfecto por una página central cualquiera y se dispusiera a disfrutar desde ese lugar intermedio: la avenida Tacna, el famoso “¿en qué momento se había jodido el Perú?”, la historia de Zavalita... Poco a poco uno se da cuenta de la libertad en la disposición temporal de los sucesos narrados, marca de la casa explotada hasta el extremo en *La casa verde*. Pero ahora las transiciones son más suaves, fácilmente discernibles en el contexto de la situación, como lo eran, por otra parte, en el último capítulo de *La ciudad y los perros* y lo volverían a ser en *Historia de Mayta*, por ejemplo.

La verdad es que el repertorio de sus novelas experimentales es fascinante y casi podríamos decir que permite al lector elegir el grado de dificultad al que enfrentarse. A la mayor complejidad de *La casa verde* y *Conversación en La Catedral* le sigue *Pantaleón y las visitadoras*, que realmente no plantea problemas, y, a continuación, algunas de sus novelas más recientes: *La fiesta del Chivo*, *El paraíso en la otra esquina* y *El sueño del celta*, novelas estas tres en que los capítulos alternan distintos momentos temporales de manera magistral. Claro que algo similar podría decirse de *El hablador*, de *Elogio de la madrastra* o de *La tía Julia y el escribidor*, pero en estos casos la genial alternancia de capítulos no se basa en la desmembración de la línea temporal ni en la presentación paralela de hechos que transcurren en tiempos diferentes, sino que se apoya en voces de otros personajes de la acción principal, como en el caso de los

radioteatros del escritor Pedro Camacho y en las historias míticas del hablador Mascarita, o en el friso de poéticas digresiones descriptivas de *Elogio de la madrastra*.

¡Qué sensación de impaciencia cuando uno de los capítulos de *La tía Julia*, de *El paraíso* o de *La fiesta del Chivo* se interrumpía para dar paso al siguiente, cambiando así de escenario y de tiempo! La tentación de saltar un capítulo para continuar la historia interrumpida era muy fuerte en estas tres novelas, pero usted bien sabe que hacer eso no era posible: el capítulo que comenzaba era tan absorbente como el que había terminado poco antes. Además, si así está escrita la novela, por algo será. Y déjeme decirle que conozco a pocos arquitectos de novelas como usted. Uno sabe en todo momento que está en buenas manos, que la historia sigue un curso perfectamente trazado, que no hay lugar para los vacíos, que no sobran páginas, ni párrafos, ni frases, ni palabras. Esta carpintería, como diría García Márquez, se encuentra oculta para el lector, pero la solidez del mueble acabado es perfectamente patente.

Una novela que considero de primera línea, pero que no parece gozar de mucho favor, es *Historia de Mayta*. Alguien ha escrito que es una especie de transposición de *La guerra del fin del mundo* a tierras peruanas. No lo creo. Usted mismo ha dicho que es la más literaria de sus novelas, afirmación que comparto. *Historia de Mayta* es a la novelística lo que el famoso soneto de Lope (“Un soneto me manda hacer Violante”) es a la poesía: la novela, como aquel soneto, se crea a la vez que se escribe. La búsqueda de materiales para la novela coincide con la propia redacción de la novela, es la novela de la novela. Ciertamente, aparentemente, el tema es similar al de *La guerra del fin del mundo*, pero el resultado es absolutamente opuesto. En el caso de *Historia de Mayta* nos encontramos ante una novela experimental, mientras que *La guerra del fin del mundo* se presenta como una novela decimonónica, en el mejor sentido de la palabra. Sin duda, éste es otro de los grandes monumentos de la novela contemporánea. El lector cultivado disfrutará como un enano con las referencias más o menos explícitas a personajes y situaciones de las grandes novelas del XIX, como ese periodista perdido en mitad de la batalla que tanto me recordó al Pierre de *Guerra y paz* de Tolstói. Se trata, además, de su novela más extensa y de la primera ocasión en que usted se apartaba de cualquier tipo de experimentación. Tal vez, quien no haya probado aún sus frutos, señor Vargas Llosa, podría comenzar por esta novela, aunque no es más que una sugerencia. Tampoco sería mala opción *La tía Julia y el escribidor*, novela de la que tengo el recuerdo de una frenética lectura en seis horas de inquietantes (para los familiares cercanos) carcajadas.

Otras muchas novelas profundizan en características de las que ya le he hablado, como *¿Quién mató a Palomino Molero?*, curiosa narración casi policíaca que participa de la prosa ágil y colorista de toda su obra, así como de una construcción sólida y apabullante en su brevedad. *Lituma en los Andes* es una nueva forma de acercarse a Lituma, personaje entrañable que se cruza de vez en cuando con el lector desde los cuentos de su primer libro publicado, *Los jefes*. El pequeño ciclo formado por *Elogio de la madrastra* y *Los cuadernos de don Rigoberto* ha sido encasillado dentro del género erótico, pero estas novelas son más que eso: representan verdaderos divertimentos dentro de una obra poliédrica como es la suya. Muchas veces he querido decirle que usted como escritor es similar a ciertos directores de cine que transitan con valentía y éxito diferentes géneros, como Howard Hawks, Fritz Lang o Stanley Kubrick, reyes Midas que convierten en oro cuanto tocan.

Además, como le comenté a propósito de *La guerra del fin del mundo*, su obra se asienta con fuerza en la tradición, sin abandonar jamás la novedad y la categoría de obra contemporánea. En su caso es fácil afirmar que el oficio de escritor comienza en el taller de sus lecturas.

En los últimos años, con la puntualidad a la que nos tiene acostumbrados a sus lectores –el promedio suyo es de tres o cuatro años entre novela y novela– nos ha regalado dos joyas más: *La fiesta del Chivo* y *Travesuras de la niña mala*. La primera ya se erige como una de sus mejores novelas, compendio de todas las características que le han colocado entre los mayores novelistas del siglo. Con la segunda gocé especialmente, pues, además de comprobar la vitalidad de un escritor del que será imposible decir que se agotó o que su genio declinó, ofrece un fresco de las principales ciudades en las que usted ha vivido a lo largo de su vida. La narración mantiene, por primera vez desde *Lituma en los Andes*, la línea temporal tradicional. La verdad es que me parece un acierto pleno para desenvolver a los ojos del lector la trayectoria vital de esos dos personajes principales, Ricardito y esa dulce y perversa niña mala. Por último, en noviembre de 2010 y a las pocas semanas de conseguir el Premio Nobel de Literatura, aparece en las librerías *El sueño del celta*, novela con la que volvemos a la narración alterna pero, esta vez, con una novedad respecto a todas las anteriores, algo que nunca antes había hecho y que demuestra la maestría del arquitecto narrativo que es usted: me refiero, ya lo habrá adivinado, a la dilatación de los últimos momentos de Casement a lo largo de la novela, hacia un final que todos conocemos de antemano. Estos capítulos parecen funcionar como espada de Damocles que pende sobre cada uno de los actos que

Roger realiza a lo largo de su vida, pues el lector no puede dejar de pensar que acaso las actividades del personaje no valen nada, pues éste acabará con sus huesos en la cárcel, cosa que se sabe nada más comenzar la lectura de la novela. Además, se establece así un suspense que hace que nos preguntemos cómo ha llegado a tal estado, cuál ha sido el hecho final desencadenante de su desgracia, si se librá o no de ella.

La verdad es que solamente le escribo sobre sus novelas, y me perdonará que deje para otra ocasión sus ensayos y obras teatrales. Únicamente quisiera felicitarle por su atrevimiento al subirse a un escenario con toda su carrera de literato a cuestas. Tuve ocasión de verle en una cálida noche de agosto de 2006 en el teatro romano de Mérida durante el estreno de *Odiseo y Penélope*, una aventura fascinante que, junto a la bella Aitana Sánchez-Gijón, logró lo que pocos artistas alcanzan: el silencio absoluto del público durante la representación y el estallido final en aplausos.

En alguna entrevista manifestó que uno de sus mayores deseos sería llegar a representar para su tiempo aquello que representaron los grandes novelistas del siglo XIX para el suyo. Sin ninguna duda, debe dar por satisfecho su deseo.

Nada más por el momento: le deseo la mayor ventura y la fuerza necesaria para continuar en la cima durante muchos años y para que tantos podamos esperar ansiosos la siguiente novela de Mario Vargas Llosa. Realmente, si pudiera pedir ahora algún deseo irrealizable, querría poder borrar de mi mente todas sus novelas para poder empezar a leerlas de nuevo y para siempre.

Un cordial saludo

Andrés Ortega Garrido